



Constancio C. Vigil

PALITO

En medio de la calzada, tres mastines se miraban con iracundo recelo. “Pelea tenemos” –me dije– y me acerqué más de lo conveniente. Uno de ellos se volvió hacia mí y me enseñó los dientes con un gruñido que parecía un mordisco. Atemorizado, huí; pero, en ese momento, pasaba un automóvil y me rompió una pata. Aullé lastimeramente, perdía sangre y no podía caminar.

Una señora se detuvo, me miró... ¡y me llevó a su casa!

Allí me lavó la pata, la entablilló, la vendó, me dio leche y me acostó en una cama confortable.

Sentí entonces vergüenza de ser un pichicho vagabundo, con el hocico sucio y la piel llena de polvo.

La señora me puso el nombre de “Palito” y me cuidó cariñosamente.

Cuando ya podía andar sin dificultad, me llevó hasta la puerta de la calle y me dijo: – ¡Bueno, amigo, ya está curado! Ahí tiene usted la calle por su cuenta.

Me hice el desentendido.

– ¡Le he dicho que se vaya! –exclamó mi protectora, entre enojada y risueña.

Me senté en el umbral y levantando la cabeza cuanto pude clavé los ojos en ella.

–No me iré, no me iré por nada del mundo –decía con los ojos y con la cola.

La señora comprendió mi dolor al verme despedido, y dijo:

–Está bien. ¡Quédate!

Mi vida fue muy distinta después de mi desgracia y de mi suerte. No salía nunca a la calle sin la señora, y por más perros que hallara y más ladridos que oyera, no me separaba de ella.

Al final de cada cuadra, esperaba que la señora diese el primer paso para cruzar la calzada. Nadie hubiera reconocido en aquel perro educado,

limpio, silencioso y sin pulgas, al vagabundo que alborotara el barrio con sus ladridos y peleas.

Estaba un día de guardia en la puerta de calle, cuando pasó por la acera de enfrente un perrito con una pata ensangrentada. Haciendo una excepción salí solo, lo alcancé, se detuvo y me enteré que le habían roto una pata, como a mí. Entonces, le dije que me siguiera, y me dirigí a mi casa.

Despacito atravesamos el zaguán. Yo siempre adelante; él siempre atrás; yo avanzaba y él también; me detenía y él se detenía.

Por fin llegamos al lado de la señora.

Ella notó que le mostraba al herido, para indicarle que estaba como yo antes, con la pata quebrada, y que había que curarlo.

Y era tan buena, que aceptó sonriente al nuevo enfermo. Desde ese día somos dos los guardianes de la casa; dos los que debemos eterna gratitud a esta señora, que tiene olor a santa.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario